

Morgenthau: ¿el Maquiavelo de la política internacional?¹

Leonardo Carvajal H.*

Profesor / investigador de la
Facultad de Finanzas, Gobierno y
Relaciones Internacionales de la
Universidad Externado de Colombia.

correo electrónico:
leonardo.carvajal@uexternado.edu.co

En tanto creadores de la ciencia política y de la ciencia de la política internacional respectivamente, Maquiavelo y Morgenthau respondieron con creces a la pregunta central: ¿En qué se diferencia la política internacional de las relaciones internacionales? Claridad a este interrogante se puede encontrar en las obras principales de los dos autores (*El Príncipe* y *Política entre las naciones*), quienes establecen que los conceptos se diferencian en que el poder es el elemento esencial tanto en la política doméstica como en la “política internacional”; mientras que por “relaciones internacionales” se entiende todo el cúmulo de asuntos que tiene lugar en el escenario

mundial, varios de los cuales no presentan ningún componente de “poder político”, y, además, tales acciones se adelantan no sólo por parte del Estado sino también por una multiplicidad de actores que incluye individuos, iglesias, ONG, partidos, empresas. Ejemplos de asuntos que tienen lugar en el sistema internacional, pero que no contienen la esencia del “poder político” como factor determinante de la diferencia entre la “política internacional” y las “relaciones internacionales”, pueden ser las relaciones deportivas, la cooperación técnica o los intercambios culturales.

El presente ensayo, a través de una comparación entre el pensamiento de

* Fecha de entrega, 25 de julio de 2006. Fecha de aceptación, 30 de agosto de 2006.

¹ Este artículo forma parte del trabajo que desarrolla el profesor Carvajal en la Línea de Investigación “Relaciones Hemisféricas”, del Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales, OASIS.

Nicolás Maquiavelo y el de Hans Morgenthau, aborda este asunto y otros tantos que se derivan del mismo, tales como un análisis de cada uno de los elementos que determinan el carácter positivista que plantean los autores en cuestión para la ciencia política y el estudio de las relaciones internacionales.

SOBRE EL “MAQUIAVELISMO” DE MORGENTHAU

Ya forma parte del lenguaje común señalar con el adjetivo de “maquiavélico” a los actos o intenciones marcadas por el cálculo y la conspiración. También se le atribuye a Nicolás Maquiavelo la paternidad de la ciencia política y, por ende, para quienes de estas dos premisas comunes construyan un silogismo, la politología sería entonces el estudio de un fenómeno social (el poder político) caracterizado por el complot, la conjura y la maquinación. De la misma forma, a Hans Morgenthau se lo ha denominado como el padre del estudio “científico” de la política internacional y los principios de su teoría realista bien podrían considerarse como una suerte de aplicación contemporánea del “realismo” de Maquiavelo en el plano mundial.

En lo que hace a la definición extendida y masivamente aceptada sobre el

concepto de lo “maquiavélico”, se puede afirmar que “contrariamente a lo que pudiera sugerir el nombre de Maquiavelo, con su secuela de ‘maquiavelismo’, para designar lo tortuoso, sinuoso o alambicado, el tratado de *El Príncipe* es de una absoluta diafanidad”². Y de esta forma lo que ha terminado por significar la expresión “maquiavélico” tiene poca relación con la obra de Maquiavelo, quien afirma sin titubeos que “no puede llamarse virtud asesinar a los conciudadanos, traicionar a los amigos, no tener ni buena fe, ni piedad, ni religión, condiciones con las cuales se puede conquistar el poder pero no adquirir la gloria”³. En este sentido, tal alocución sí se derivó gramaticalmente del apellido Maquiavelo, pero en términos teóricos y conceptuales terminó por cobrar vida propia y significado independiente frente a la producción escrita de ese analista político del Renacimiento. Por ello, lo que se quiere significar con el “maquiavelismo” de Morgenthau no hace relación alguna con la acepción popular del término, sino con el hecho de que su pensamiento presenta una serie de coincidencias que denotaremos más adelante.

Lo que sí es cierto es que Maquiavelo nos muestra en su obra una sociedad sin maquillaje, nos expone el poder político a la luz del día, luego de siglos de haber sido disimulado con el manto del doble mora-

² Alfonso López Michelsen, “Prólogo”, en Nicolás Maquiavelo, *El Príncipe*, Bogotá: El Áncora Editores, 1988, p. 9.

³ Maquiavelo, *Ibid.*, p. 73.

lismo medieval. Y así, el poder político se aparece ante nuestros ojos con su verdadero rostro, y si la cara lavada de la política nos espanta, es porque tradicionalmente nos ha sido presentada desde las aristas del idealismo y la ingenuidad. Por ello, se incurre en simplismos cuando se afronta el análisis de Maquiavelo desde una óptica en blanco y negro, porque si algo se puede atribuir al politólogo florentino es que se cuida de introducir siempre matices para dar la mejor cuenta de un escenario político que es complejo y multicolor:

“Creo que esto sucede por el buen o el mal uso que de la crueldad se haga. Se dice bien usada (si puede llamarse bueno a lo que es malo en sí mismo) cuando se emplea una sola vez por la necesidad de afianzar el poder y después no se repite, procurando, en cuanto sea posible, se convierta lo hecho en utilidad del pueblo (...) Los que emplean la primera pueden esperar que Dios y los hombres les perdonen (...); los otros es imposible que se mantengan en el poder”⁴.

En forma similar, correspondió a Morgenthau, como judío alemán exiliado en los Estados Unidos desde tiempos de la Segunda Guerra Mundial, llevar los principios de la *real politik*, cuyo ejercicio y práctica ya era histórico en Europa, a un país con una tradición de aislacionismo autoimpuesto desde tiempos de Was-

hington y Monroe, y que tras el triunfo de los aliados y la devastación europea resultó obligado a asumir un nuevo rol de hegemón del mundo en el sistema internacional de la segunda posguerra. Y de esa forma introdujo los conceptos de “interés definido en términos de poder” y de “racionalidad” de la política internacional en una nación, hasta entonces caracterizada por el puritanismo y el moralismo en su accionar exterior.

Pero también, como lo hace Maquiavelo, el internacionalista alemán es cuidadoso de introducir matices en sus afirmaciones y por ello subraya la importancia de establecer distinciones entre el poder legítimo y el ejercicio del poder ilegítimo: “El poder legítimo, al invocar una justificación moral o legal para su ejercicio, es probablemente más efectivo que un equivalente poder ilegítimo. Un poder ejercido en defensa propia o en nombre de Naciones Unidas tiene más posibilidades de conseguir su propósito que otro poder equivalente ejercido por una nación agresora o a los efectos de violar una ley internacional”⁵.

En todo caso, tras aclarar que el concepto de “maquiavelismo” en su acepción más difundida no es hijo de la obra de Maquiavelo, lo que sí es posible plantear es que *El Príncipe* es un tratado de realismo político en razón a que “cuando

⁴ Ibid., pp. 75 y 76.

⁵ Hans J. Morgenthau, *Política entre las naciones*, Buenos Aires: G.E.L., 1986, p. 44.

Maquiavelo quiere decir alguna cosa, por escandalosa que ella parezca, no la encubre con ningún ropaje convencional sino que llama por su nombre al pan y al vino (...) Su pecado fue haber dicho lo que otros, calladamente, ponían en práctica”⁶. Y tales pragmatismo y crudeza para plantear con claridad lo que otros piensan, pero adornan con eufemismos que suavizan realidades, estuvieron motivados por la meta de “constituir en un solo estado nacional todos los principados, ducados, repúblicas y territorios pontificios de la península italiana, anhelo que sólo vino a concretarse siglos más tarde”⁷. De la misma forma, así como el análisis descarnado de Maquiavelo estaba guiado por el propósito de la unidad italiana, el trabajo de Morgenthau tuvo como objetivo dar a los Estados Unidos de la segunda posguerra los elementos necesarios para asumir el rol de nuevo hegemón mundial, que como dijimos desconocía hasta entonces en razón al deliberado aislacionismo.

LOS ELEMENTOS DE LAS PATERNIDADES

En lo que hace relación al argumento común según el cual Maquiavelo es el padre de la ciencia política, cabe adelantar

un análisis de lo que se quiere significar con ese parentesco que se suele señalar entre el analista italiano y esta disciplina social, así como sobre la responsabilidad de Morgenthau en la creación de una ciencia de la política internacional.

En primera instancia, en contraste con lo que era común para la Edad Media, “Maquiavelo tuvo el genio y el coraje de afirmar que a los hechos sociales era posible aplicar la inteligencia humana con el objeto de estudiarlos científicamente, al margen de consideraciones morales y religiosas”⁸. Al trazar una línea de separación entre el análisis social y la moral, Maquiavelo da cabal cumplimiento en el campo de los estudios políticos a uno de los principios de lo que se ha entendido clásicamente por “científico” que es la objetividad, que resulta de la creencia de que es condición necesaria que el sujeto investigador debe estar separado del objeto social investigado. Para confirmar esa inclinación del autor por los análisis “objetivos”, López Michelsen señala que Maquiavelo “constataba los hechos con el rigor científico de un sabio que delante de su microscopio sigue la trayectoria de una ameba sin tomar partido, por consideraciones éticas, a favor o en contra de sus proceder”⁹.

Morgenthau también hace alusión

⁶ López, Op. cit., pp. 10, 13.

⁷ Ibid., p. 10.

⁸ Sin autor, “Contraportada”, Maquiavelo, Op. cit.

⁹ López, Op. cit., p. 20.

continua a la objetividad y racionalidad que debe caracterizar a los análisis científicos del sistema internacional y en ese sentido plantea que “el realismo cree tanto en la objetividad de las leyes de la política como en la factibilidad de elaborar una teoría racional que explique, aunque sea imperfecta y parcialmente, estas leyes objetivas”¹⁰. Y en la misma línea llega más lejos al resaltar la necesidad de diferenciar entre “lo que es verdad objetiva y racionalmente” y “lo que sólo es un juicio subjetivo, desprendido de los hechos tal cual son e influido por el prejuicio y el optimismo”¹¹. De esta forma, el realismo morgenthauiano quita valor a las consideraciones subjetivas en materia de toma de decisiones en la política exterior de una nación, tales como las motivaciones personales y las preferencias ideológicas del gobernante.

Se observa en *El Príncipe* que Maquiavelo cree en la posibilidad de establecer en relación con las realidades políticas leyes de aplicación general, característica ésta que a su vez abre la posibilidad de hacer predicciones. El texto referido está colmado de afirmaciones que señalan esa suerte de leyes en el campo de la política que son deducidas por el analista con base en la observación y convertidas en generalizaciones a través de la racionalidad luego de haber sido corroboradas a través de la práctica (o

lo que se denomina “experimentación” en el método científico clásico). Extractos de estas leyes señaladas por Maquiavelo para la política son, por ejemplo:

“Cualquiera comprende la facilidad con que el rey pudo conservar su dominación observando las *reglas* antedichas (...) Perdió, pues, el rey Luis XII la Lombardía por no cumplir ninguna de las reglas observadas por cuantos adquirieron provincias con deseo de conservarlas en su poder, suceso no milagroso, sino muy *racional* y ordinario (...) *La experiencia ha demostrado* que Francia fue causante de que creciera el poder en Italia de la Santa Sede y de España, y de este crecimiento procedió su ruina. *De aquí se deduce una regla general que nunca o rara vez falla*: quien ayuda a otro a engrandecerse acaba en ruina, porque el auxilio lo presta o con su fuerza o con su habilidad, y ambos medios infunden sospechas a quien llega a ser poderoso”¹².

En el primer principio del realismo político, de los seis que enumera Morgenthau, también se define la posibilidad de formular leyes en el campo de la política internacional en tanto se postula que “la política, al igual que toda la sociedad, obedece a leyes objetivas que arraigan en la naturaleza humana. A los efectos de cualquier mejoramiento de la sociedad es necesario extender previamente las leyes que gobiernan la vida de esa sociedad.

¹⁰ Morgenthau, Op. cit., p. 12.

¹¹ Ibid.

¹² Maquiavelo, Op. cit., pp. 47, 50. Las cursivas son personales.

El funcionamiento de esas leyes es completamente ajeno al curso de nuestras preferencias; desafiarlas significa el riesgo de exponerse al fracaso”¹³.

Es a partir de la conjunción lógica de estas leyes que el pensador germano-estadounidense formula su teoría realista. El papel de un internacionalista residiría entonces en una juiciosa observación del acontecer internacional, la explicación racional de los hechos analizados y la corroboración de los conceptos en la realidad, como lo define Morgenthau al establecer que “para el realismo la teoría consiste en la verificación de los hechos y darles sentido a través de la razón”¹⁴. Tales generalizaciones, desde la óptica morgenthauiana, se pueden realizar en razón a que “la naturaleza del hombre, en la que arraigan las leyes de la política, no ha variado desde el momento en que las filosofías clásicas de China, India y Grecia descubrieron estas leyes”¹⁵. Al igual que lo hace Maquiavelo, en el texto de la *Política entre las naciones* Morgenthau presenta con frecuencia generalizaciones en relación con la naturaleza de la política internacional: “Debemos suponer que los estadistas piensan y actúan movidos por un interés que se

traduce en poder, ya que *todas las evidencias de la historia confirman esa suposición*. Ella (la historia) nos permite historiar y *predecir* los pasos que cualquier hombre de estado -pasado, presente o futuro- haya dado o esté dispuesto a dar en la escena política”¹⁶. Como se observa, el realismo sostiene que la predicción en materia de política internacional es posible debido a que “los hombres responden a las situaciones sociales con modelos repetitivos”¹⁷.

Sobre el concepto central de la teoría realista, el tercer principio que enuncia Morgenthau plantea que “el realismo supone que su concepto clave de interés definido como poder es una categoría objetiva de validez universal, pero no otorga al concepto un significado inmutable”¹⁸. No obstante, el autor se cuida de introducir matices al argumento al advertir que la definición de tal interés no es inalterable, sino que el mismo estará determinado por consideraciones de tiempo y lugar: “El tipo de interés determinante de las acciones políticas en un período particular de la historia depende del contexto político y cultural dentro del que se formula la política exterior”¹⁹.

¹³ Morgenthau, Op. cit.

¹⁴ Ibid., p. 13.

¹⁵ Ibid., p. 12.

¹⁶ Ibid., p. 13. El resaltado en cursivas es personal.

¹⁷ Ibid., p. 16.

¹⁸ Ibid., p. 19.

¹⁹ Ibid., p. 20.

En el pensamiento de Morgenthau se puede observar su creencia en que el hallazgo de regularidades (leyes) sociales es posible a través del estudio de la historia: “Napoleón, Guillermo II y Hitler trataron de conquistar el continente europeo y fracasaron. ¿Existen, dentro de cada una de estas tres series de hechos, similitudes que nos permitan formular un principio de política internacional para cada serie? (...) Guillermo II y Hitler no aprendieron nada del destino de Napoleón puesto que pensaron que nada podía enseñarles”²⁰. Sobre el particular, Morgenthau sostiene que los hechos objeto del estudio de la disciplina de las relaciones internacionales “son, por una parte, sucesos únicos. Ocurrieron de ese modo una vez, nunca antes ni después. (Pero), por otra parte, son análogos en tanto implican manifestaciones de determinadas fuerzas sociales. Y las fuerzas sociales son producto de la naturaleza humana en acción. Sin embargo, bajo condiciones similares deberían manifestarse de modo semejante”²¹.

Maquiavelo señalaba también excepciones sobre la posibilidad de establecer siempre generalizaciones para los fenómenos sociales: “Puede el príncipe ganarse la voluntad del pueblo de diversos modos, que varían según las circunstancias, y para

ello no cabe dar reglas fijas (...) Porque las cosas del mundo cambian tanto y a veces tan de prisa que es casi imposible permanecer un año sitiando una plaza (...) En este asunto no se pueden dar reglas generales, debiéndose tener en cuenta la situación especial en que se encuentra cada Estado (...) Es difícil dar reglas generales en un asunto que varía según las circunstancias (...)”²². Aunque, se insiste, también es frecuente que el politólogo florentino afirme en el texto que “ésta es una regla general que no falla”²³.

En la misma línea, Morgenthau también matiza sobre la posibilidad de establecer regularidades o leyes sociales inamovibles y de alcance universal y por eso sentencia que “la primera lección que debe aprender el estudiante de política internacional –y nunca olvidar– es que la complejidad de los problemas internacionales imposibilita las soluciones sencillas o las profecías infalibles”²⁴. El internacionalista alemán advierte que debido al dinamismo y a la vertiginosidad que caracterizan al sistema internacional, puede resultar muchas veces aventurado hacer predicciones o formular leyes y teorías de aplicación general porque “para prever el futuro, el observador tiene que conocer todos estos factores, su dinámica, sus acciones y re-

²⁰ Ibid., pp. 30-31.

²¹ Ibid., p. 29.

²² Maquiavelo, Op. cit., pp. 79, 83, 132, 135.

²³ Ibid., p. 148.

²⁴ Morgenthau, Op. cit., p. 33.

acciones mutuas y así sucesivamente. Lo que en un momento determinado conoce y puede llegar a conocer no es más que un pequeño fragmento de la realidad total. (Por ello) debe conjeturar y sólo el futuro mostrará quién eligió correctamente entre las muchas conjeturas posibles”²⁵.

El pensador italiano construyó en su obra una ciencia de la política de carácter positivista y empiricista en tanto, en contra de los dogmas de fe propios de la era medieval, define como imperativo que los hechos de la realidad sean corroborados a través de la práctica, la experiencia y la apreciación objetiva, además de señalar que el estudio politológico debe fundamentarse en lo que “es” y no en lo que “debe ser”: “Juzgo más conveniente decir la verdad tal cual es que como se imagina, porque muchos han visto en su imaginación repúblicas y principados que jamás existieron en la realidad. Tanta es la distancia entre cómo se vive y cómo se debería vivir, que quien prefiere a lo que se hace lo que debería hacerse más camina a su ruina que a su salvación”²⁶. A su vez, el carácter empírico y positivista de la idea de ciencia de la política internacional que señala Morgenthau se pone de presente varias veces a lo largo de su obra: “La finalidad de este libro consiste en presentar

una teoría de la política internacional. El modo en que debe validarse una tal teoría debe ser empírico y pragmático antes que apriorístico y abstracto”²⁷.

De esta manera, al trazar una línea demarcatoria entre el ser y el deber ser, Maquiavelo y Morgenthau establecen una diferenciación entre el ámbito de estudio que corresponde a la teología (la moral) o al derecho (la norma ideal), y no a la ciencia política (la realidad social), ni a la ciencia de la política internacional (la realidad de las relaciones interestatales). En breve, el estudio sistemático y científico de lo político a nivel doméstico e internacional debe partir de la verdadera “condición humana” y no de lecturas utópicas sobre lo que debería ser el comportamiento del ser humano en la organización social o del estado a nivel internacional: “Sería por demás laudable encontrar en un príncipe todas las citadas buenas cualidades; pero no siendo posible ni, si lo fuera, practicable, porque no lo consiente la condición humana”²⁸. En este sentido Maquiavelo y Morgenthau aparecen como pensadores que abanderan los postulados de la *realpolitik*, en tanto están convencidos de que en el sistema social y político se trata de trabajar con lo que existe fácticamente, y no con ideales de conducta que no existen en

²⁵ Ibid., p. 34.

²⁶ Maquiavelo, Op. cit., p. 104.

²⁷ Morgenthau, Op. cit., p. 11.

²⁸ Maquiavelo, Op. cit., p. 106.

la práctica, “porque de los hombres puede decirse que generalmente son ingratos, volubles, engañosos, aficionados a esquivar peligros y ansiosos de ganancias (...) Porque la amistad es sólo un lazo moral, lazo que la malicia de los hombres rompe en muchas ocasiones, y en particular, cuando está de por medio la propia utilidad”²⁹. Y además de postular esta aseveración, el autor florentino traza una más de las leyes sociales y humanas: “Los hombres obran el mal a menos que la necesidad los obligue a obrar el bien”³⁰.

Así entonces, Morgenthau se matricula, como es lógico deducir de su teoría realista, en el pragmatismo y desdice de las lecturas idealistas sobre el ser humano y, en un sentido más amplio, de las aproximaciones utópicas a las sociedades conformadas por el hombre. De acuerdo con Morgenthau, el idealismo “piensa que puede realizarse aquí y ahora un orden político, moral y racional, derivado de principios abstractos y universalmente aceptados”, mientras que la escuela realista “afirma que el mundo, imperfecto desde un punto de vista racional, es el resultado de fuerzas inherentes a la naturaleza humana, (y por ende), para mejorar al mundo se debe trabajar con estas fuerzas y no contra

ellas, (porque) al ser el nuestro un mundo de intereses opuestos y conflictivos, los principios morales nunca pueden realizarse plenamente”³¹. De tal forma Morgenthau señala tajantemente la diferencia entre el ser y el deber ser en la política internacional. El deber ser corresponde a la órbita del derecho internacional, mientras que develar el “ser” (las cosas tal como son) de las relaciones internacionales es el propósito de la teoría realista: “El realismo político (...) reclama una nítida diferenciación entre lo deseable y lo posible, entre lo que es deseable en todas partes y en cualquier tiempo y lo que es posible bajo circunstancias concretas de tiempo y lugar”³². En esta dirección, Morgenthau diferencia con claridad el ámbito de estudio del internacionalista (el ser) del que corresponde al estudioso del Derecho Internacional (el deber ser): “El realismo toma distancia de la aproximación legalista-moralista a la política internacional (...) (En tanto) el abogado se pregunta: ¿Esta política está de acuerdo con las normas legales? El moralista se pregunta: ¿Esta política está de acuerdo con los principios morales? Y el realista político se pregunta: ¿Cómo afecta esta política el poder de la nación?”³³

No obstante, es menester señalar que,

²⁹ Ibid., p. 111.

³⁰ Ibid., p. 48.

³¹ Morgenthau, Op. cit.

³² Ibid., p. 15.

³³ Ibid., p. 23.

cuidadoso de introducir matices en varios apartes de su obra, Maquiavelo desdeña la universalidad de la ley de la causa y el efecto porque en varias ocasiones hace referencia a la fortuna, al azar, y eso, por definición, es “anticientífico”, aunque al final termina por darle prevalencia a los hechos concretos por sobre la buena suerte: “Y como el llegar de particular a príncipe supone ya talento o fortuna, parece natural que una u otra de estas condiciones anulen muchas dificultades. Sin embargo, los que han contado menos con la fortuna conservan más tiempo su poder”³⁴. Es decir, Maquiavelo suscribe la idea de un hombre que guía su destino y rechaza que el mismo pueda ser impuesto desde afuera por las manos invisibles de Dios o del mercado (como señalarían más tarde los economistas clásicos). Al final, al lado de la fortuna y el azar, encumbra al voluntarismo y la racionalidad como las guías del comportamiento humano, y por derivación, como ejes de estudio del científico social: “Bien estudiadas su vida y acciones, se verá que de la fortuna no obtuvieron otra cosa que la ocasión favorable para establecer la forma de gobierno a su juicio más conveniente. Sin la ocasión, su talento y virtud hubieran sido inútiles, y sin sus cualidades personales la ocasión hubiera llegado en vano”³⁵.

Morgenthau hace también continua

alusión a la necesidad de construir políticas exteriores con base en la racionalidad, y no con base en variables de tipo subjetivo como el carácter del jefe del Estado o de las condiciones psicológicas de otros actores del sistema internacional: “No todas las políticas han seguido un curso tan racional, objetivo y no emocional. Los elementos contingentes de personalidad, prejuicios y preferencias suelen apartar a las políticas exteriores de su curso racional (...) El realismo político considera que una política exterior racional es una buena política exterior; sólo una política exterior racional minimiza los riesgos y maximiza los beneficios”³⁶.

En relación con la importancia que otorga Maquiavelo a la práctica y la experimentación, cabe destacar que el denominado padre de la ciencia política no fue un teórico puro sino que combinó la labor de analista con la de funcionario público, en tanto ejerció como asistente del Canciller de Florencia entre 1494 y 1512. Y el mismo autor asume que de esa condición de practicante, combinada con un análisis juicioso de la historia, extrajo las más importantes conclusiones que terminaron plasmadas en su obra: “Conocimiento que he adquirido por larga experiencia de los asuntos públicos de estos tiempos y no interrumpido es-

³⁴ Maquiavelo, Op. cit., p. 59.

³⁵ Ibid.

³⁶ Morgenthau, Op. cit., pp. 16,19.

tudio de la historia de la Antigüedad”³⁷. Morgenthau también combinó la doble condición de teórico y practicante, en este caso, de la política internacional y militar de los Estados Unidos. En efecto, durante los primeros años de la Guerra Fría este exponente del realismo fue consultor del Comité de Planeación Política del Departamento de Estado y asesor del Departamento de Defensa³⁸.

En las obras del autor florentino y del pensador alemán a cada paso se pone de presente la importancia de la historia como un instrumento fundamental del politólogo y el internacionalista. Al buscar continuidades en el comportamiento humano y en el mundo de lo político con el objeto de señalar esas “leyes” que gobiernan lo social y lo político, los dos autores exaltan el análisis histórico como recurso central de la ciencia política y de la ciencia de la política internacional. En esa línea, Maquiavelo establece como norma que “respecto a los ejercicios mentales, el príncipe debe leer la historia y fijarse en las hazañas de los hombres célebres; ver cómo se han gobernado en la guerra; determinar las causas de sus victorias y de sus derrotas, para evitar éstas e imitarles en aquéllas y, sobre todo, hacer lo que en

pasados tiempos hicieron algunos grandes hombres”³⁹.

Como ya se anotó atrás, también es la historia en la concepción de Morgenthau el principal instrumento de la ciencia de la política internacional y sobre la Escuela Realista plantea que “recurre a precedentes históricos antes que a principios abstractos y aspira a que ocurra el menor mal posible antes que el bien absoluto” y señala que “debido a su preocupación teórica por la naturaleza humana tal como es y por los procesos históricos tal como han ocurrido, la teoría que presentamos ha sido llamada realista”⁴⁰.

Cabe también a Maquiavelo y a Morgenthau la responsabilidad de haber señalado al “poder político” como el objeto propio de estudio de la ciencia política y de la política internacional, que al diferir de los de la historia (el pasado) y el derecho (las normas) cumple con la condición definida como necesaria para el establecimiento de una práctica científica de carácter autónomo. A partir de entonces, la politología y la ciencia de la política internacional cobraron vida independiente, y tomaron distancia de los estudios propios de disciplinas de mayor antigüedad como la historia, el derecho o la teología en el

³⁷ Maquiavelo, Op. cit., p. 35.

³⁸ Ver, Christoph Frei, *Hans J. Morgenthau: An Intellectual Biography*, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 2001.

³⁹ Maquiavelo, Op. cit., p. 103.

⁴⁰ Morgenthau, Op. cit., p. 12.

primer caso, y la historia diplomática y el derecho internacional en el segundo. A este respecto, Morgenthau anota:

“Como toda política, la política internacional implica una lucha por el poder. No importa cuáles sean los fines últimos de la política internacional: el poder siempre será el objetivo inmediato. Los estadistas y la gente común pueden proponerse como objetivo final la búsqueda de la libertad, la seguridad, la prosperidad o el propio poder (...) Pero apenas intentan cumplir sus metas recurriendo a la política internacional se ven embarcados en la lucha por el poder (...) Desde el momento en que eligieron el poder para conseguir sus fines, se convirtieron en actores de la escena política internacional (...) De este concepto de política internacional se derivan dos conclusiones. Primero, no todas las acciones que una nación puede llevar a cabo respecto de otra son de naturaleza política. Muchos de esos actos son normalmente realizados sin tomar en consideración ninguna razón de poder y tampoco afectan el poder de la nación que los lleva a cabo (...) En otras palabras, la intervención de un país en la política internacional es sólo uno entre varios tipos de actividades posibles en el marco de la escena internacional (...) Cualquier política, sea interna o internacional, (...) procura mantener poder, aumentar poder o demostrar poder”⁴¹.

Adicionalmente, el propósito de establecer un objeto propio de estudio para la ciencia de la política internacional

también se aborda cuando Morgenthau enuncia el segundo principio del realismo político, según el cual el concepto de interés definido en términos de poder “fija a la política como una esfera autónoma de acción y comprensión distinta de otras esferas tales como la económica, la ética, la estética o la religiosa”⁴². Y de tal manera, Morgenthau es claro en la necesidad de distinguir entre los hechos que son propiamente políticos y, por ende, susceptibles de ser abordados desde la ciencia de la política internacional, y aquellos actos que no lo son.

Es común observar en los capítulos de *El Príncipe* sucesivas clasificaciones y comparaciones entre gobernantes, reinos y acontecimientos históricos. La categorización de los tipos de principados, reyes o asesores, bien pueden calificarse como una primigenia “taxonomía” de las formas de gobierno. Así como la frecuencia con la que el autor recurre al instrumento de los símiles y los parangones, bien podría constituir prueba de que Maquiavelo también es pionero de la política comparada: “Fijando la atención en las diferencias dichas se comprenderá la facilidad con que Alejandro mantuvo en su poder el imperio de Asia y las dificultades con que han tropezado Pirro y otros para conservar sus conquistas, cosa que no debe atribuirse a la mayor o menor virtud y capacidad del

⁴¹ Ibid., pp. 41, 42, 63.

⁴² Ibid., p. 13.

conquistador, sino al régimen de gobierno de los países conquistados”⁴³. De igual forma, Morgenthau resalta la importancia de la política internacional comparada: “Si se desea entender la política internacional (...) se debe estar en condiciones de distinguir entre las similitudes y las diferencias de dos situaciones políticas. Además, debe poderse valorar la importancia de estas similitudes y diferencias para políticas exteriores alternativas”⁴⁴.

LA SINRAZÓN DE LA “RAZÓN DE ESTADO”

Múltiples apartes de la obra de Maquiavelo bien pueden constituir un embrión del estructuralismo en tanto es insistente en señalar que existen unas causas profundas que determinan algunos resultados y que tales fuerzas estructurales no pueden ser alteradas a través de la sola voluntad individual. Una derivación de este acento estructuralista en los escritos de Maquiavelo es su concepto de la “razón de Estado”, que consiste en subordinar los principios individuales de la moral y la religión a los macro propósitos de la política, y en desarrollo de tal consigna define que “cuanto haga un príncipe por conservar su poder y la integridad de sus

Estados se considerará honroso y lo alabarán todos”⁴⁵.

Es por ello que en *El Príncipe* la palabra “Estado” se escribe con mayúscula, mientras las alocuciones “hombre”, “individuo”, “súbdito” o “ciudadano” van en minúscula, en lo que constituye una representación gramatical de la completa sobreposición de los intereses del Estado (la estructura determinante) a los del individuo (la parte determinada). En breve, la “razón de Estado” en Maquiavelo consiste en la premisa de que el aparato institucional, el sistema, la estructura, están por encima de las partes que lo componen. En todo caso, tanto entonces como ahora resulta evidente que el todo sin las partes simplemente no puede existir, porque el primero se debe a las segundas y no lo contrario.

En la teoría realista de Morgenthau el Estado-Nación aparece como el referente principal y casi exclusivo de las relaciones internacionales. Además de señalar al “Estado-Nación como punto de referencia final de la política exterior contemporánea”⁴⁶, el autor germano-estadounidense también lo concibe como el actor predominante, monolítico, como una “caja negra”, cuyas actuaciones son de carácter racional. El realismo no aborda al Estado en forma desagregada, ni considera, como

⁴³ Maquiavelo, Op. cit., p. 54.

⁴⁴ Morgenthau, Op. cit., p. 30.

⁴⁵ Maquiavelo, Op. cit., p. 118.

⁴⁶ Morgenthau, Op. cit., p. 20.

lo harán los interdependentistas en los años 70, múltiples actores en el sistema internacional. También en Morgenthau el Estado como actor casi solitario en las relaciones internacionales se escribe con mayúscula, mientras que se desdénia el rol de otros actores no estatales en la política internacional. Y, como corolario de lo anterior, “interés nacional” se escribe en singular, porque se asume que el único importante es el que se define desde y para el bienestar del Estado.

Componente fundamental de la “razón de Estado” es la tajante separación que promueve Morgenthau entre la moral pública del estado y la moral privada del individuo, y en ese sentido es que establece diferencia entre el “deber oficial” que “consiste en pensar y actuar en función del interés nacional” y el “deseo personal” que “tiende a la corporización en todo el mundo de los propios valores morales y principios políticos”⁴⁷. De hecho, el quinto principio del realismo político advierte que “el realismo político se niega a identificar las aspiraciones morales de una nación en particular con los preceptos morales que gobiernan el universo”⁴⁸. Con base en los siguientes apartes se podría decir que el único principio moral que reconoce este autor es la “supervivencia nacional”:

“El realismo sostiene que los principios morales universales no pueden aplicarse a los actos de los Estados en una formulación abstracta y universal (...) El realismo político tiene conciencia de la inevitable tensión entre los preceptos morales y los requerimientos de una exitosa acción política (...) La ética juzga los actos en función de su acomodamiento a los principios morales; la ética política los juzga según sus consecuencias políticas”⁴⁹.

El analista florentino lleva esta separación entre moral y política a un punto tal que plantea que el príncipe debe ser como un Centauro que utilice su doble condición de humano y de animal, y eso implica “la necesidad para el príncipe de saber usar ambas naturalezas, porque una sin la otra no es duradera”⁵⁰. Y en seguida lanza las máximas más controvertidas de su obra y que resumen la esencia misma de lo que Maquiavelo señala como la “razón de Estado”, o lo que es lo mismo, la primacía de la política estatal sobre la ética individual:

“El príncipe dotado de prudencia, ni puede ni debe cumplir la palabra empeñada si ello lo perjudica y si desaparecen los motivos de su promesa. Si todos los hombres fueran honestos, este principio no sería válido; pero como no lo son y casi nunca mantienen lo que prometen, el gobernante tampoco debe hacerlo (...) Con frecuencia el príncipe necesita para

⁴⁷ Ibid., p. 15.

⁴⁸ Ibid., p. 22.

⁴⁹ Ibid., p. 21.

⁵⁰ Maquiavelo, Op. cit., p.116.

conservar su poder, hacer algo contrario a la lealtad, a la clemencia, a la bondad o a la religión”⁵¹.

El jefe de Estado con condiciones de Centauro que reclama Maquiavelo también se esboza en Morgenthau cuando hace referencia a las condiciones “reales” que caracterizan a un ser humano como miembro de una sociedad cualquiera: “El hombre real es una combinación del ‘hombre económico’, del ‘hombre político’, del ‘hombre moral’, del ‘hombre religioso’, etc. Un hombre que sólo tuviera una proyección ‘política’ sería como una bestia, ya que carecería de todas las contenciones morales”⁵².

Maquiavelo y Morgenthau postulan recurrentemente la centralidad de la fuerza militar, del llamado “poder duro” (*hard power*), para alcanzar el éxito gubernamental a nivel doméstico o en política internacional. Sobre este particular, el analista florentino señala: “De esto nace que todos los profetas armados hayan triunfado, y fracasado todos los inermes (...) Moisés, Ciro, Teseo y Rómulo no hubieran logrado, estando desarmados, que sus instituciones duraran largo tiempo”⁵³. Por su parte, el internacionalista germano-estadounidense define que “especialmente en política internacional la fuerza armada

como amenaza, real o potencial, es el más importante factor material que contribuye a conformar el poder político de una nación (...) Bajo ciertas condiciones puede ser racional amenazar a otra nación con la destrucción nuclear a los efectos de lograr un cambio de actitud”⁵⁴. Y en relación con la fuerza militar convencional postula que “resulta racional recurrir a su uso como instrumento que permite quebrar la voluntad de la otra parte”⁵⁵.

No obstante, también Morgenthau otorga valor a los que se podrían denominar los elementos subjetivos del poder: “Sin tomar en cuenta el carisma de un hombre, como Napoleón o Hitler, o de una institución, como el gobierno o la Constitución de Estados Unidos, y sin traer a colación la confianza o el amor por medio de los cuales las voluntades de los hombres se someten a tales hombres o instituciones, no es posible comprender ciertos fenómenos de la política internacional”⁵⁶. Y más adelante refuerza el argumento al reiterar que “sean cuales fueren los objetivos materiales de una política exterior (...) siempre se orienta al control de los actos ajenos a través de la influencia sobre las respectivas mentes”⁵⁷. Inclusive la guerra aparece a los ojos de este

⁵¹ Ibid., pp. 116, 117.

⁵² Morgenthau, Op. cit., p. 25.

⁵³ Maquiavelo, Op. cit., pp. 60, 61.

⁵⁴ Morgenthau, Op. cit., p. 43.

⁵⁵ Ibid., p. 44.

⁵⁶ Ibid., p. 45.

internacionalista como una alternativa con un alto componente político: “El objetivo político de la guerra no es, en sí mismo, la conquista del enemigo con su consiguiente aniquilación, sino producir un cambio en la mentalidad del enemigo que lo lleve a ceder ante la voluntad de su oponente”⁵⁸.

Resultó inevitable al leer algunos apartes de la obra de Morgenthau reflexionar sobre la política exterior del gobierno del presidente George W. Bush y su cruzada neoconservadurista que pretende extender los valores cristianos occidentales a lo largo del planeta: “Hay una enorme diferencia entre la creencia de que todas las naciones se someten al inescrutable juicio de Dios y la convicción blasfema de que Dios siempre está del lado de uno y de que los deseos propios coinciden exactamente con los deseos de Dios”⁵⁹. Esta cosmovisión del sistema internacional que adelanta la actual administración de Bush, y que en América Latina es apoyada con entusiasmo por el gobierno de Uribe, “puede engendrar la distorsión del juicio que, en medio del frenesí encefalítico de una cruzada, destruye naciones y civilizaciones en nombre de principios morales, ideales o

del propio Dios”⁶⁰. Con base en esto, cabe preguntar: ¿Quiénes son realmente los fundamentalistas religiosos entonces?

GLOSAS FINALES

Sí resulta posible considerar a Maquiavelo y a Morgenthau los padres de la ciencia política y la ciencia de la política internacional respectivamente, siempre y cuando se comparta la idea de que la “ciencia”, para ser “verdaderamente científica”, debe ser positivista, objetiva, racional, con capacidad para establecer leyes de carácter general y establecer predicciones con base en ellas. Y sin duda, como lo explica Stanley Hoffman, fundada en esos elementos fue como se consolidó, extendió y cobró la legitimidad académica de la ciencia política y la disciplina de las relaciones internacionales en los Estados Unidos de la segunda posguerra⁶¹.

Pero hoy ya se ha roto ese consenso en torno a una ciencia política y una disciplina de las relaciones internacionales que para ser legítimas deben ser de tipo “behaviorista”, y se esgrimen argumentos contrapuestos a la idea tradicional de lo

⁵⁷ Ibid., p. 46.

⁵⁸ Ibid.

⁵⁹ Ibid., p. 22.

⁶⁰ Ibid.

⁶¹ Para una explicación del contexto que condujo al nacimiento de la ciencia política y las relaciones internacionales en los Estados Unidos durante el período posterior al fin de la Segunda Guerra Mundial, ver Stanley Hoffman, “Una ciencia social norteamericana: Relaciones internacionales”, en Jano y Minerva, Buenos Aires: GEL, 1991.

que es la ciencia y lo científico: las ciencias sociales son subjetivas por naturaleza porque el sujeto que observa no puede separarse del sujeto que estudia, y aún más, el politólogo y el internacionalista terminan en últimas observándose a sí mismos en el espejo de la misma realidad social a la que pertenecen, y que como tal construyen y transforman; la ciencia política y la disciplina de las relaciones internacionales están impedidas para hacer generalizaciones debido a la obviedad de que las realidades son múltiples, complejas y, por lo tanto, no representables en leyes simples y generales; y de lo anterior se deduce también su incapacidad para lanzar predicciones y afirmar certezas, y al contrario, lo que es dable señalar son conjeturas y escenarios; en la actualidad se afirma que no existe una sola y autoritaria metodología “científica”, sino que la misma se debe adaptar a las características del investigador y la realidad social investigada; que el entendimiento de los fenómenos sociales domésticos e

internacionales no se agota en el uso de la herramienta de la racionalidad clásica, sino que es factible también acudir a la intuición como instrumento cognitivo con validez y legitimidad; no sólo el Estado y las realidades “macro” pueden catalogarse como objetos principales de estudio, sino que también cabe abordar los escenarios “micro” del poder, así como las realidades denominadas “periféricas” y “alternativas”; las matemáticas y las cifras, en tanto creación humana, son susceptibles de ser manipuladas y, por ende, de estar al servicio de gobiernos e ideologías; entre otros tantos replanteamientos a la idea tradicional y racionalista de la ciencia⁶².

Por esto, dicho con brevedad, la ciencia política y la disciplina de las relaciones internacionales en su acepción positivista bien pueden reclamarse descendientes de Maquiavelo y Morgenthau, pero las variaciones posmodernistas y constructivistas de estas dos disciplinas sociales tienen la posibilidad de negar tales paternidades.

⁶² Algunos de estos principios son tomados en cuenta en teorías contemporáneas de las relaciones internacionales tales como el posmodernismo, el constructivismo, la teoría crítica o el poscolonialismo. Para una revisión primaria de estas teorías, ver: sobre el constructivismo, Alexander Wendt, “Anarchy is What States Make of it. The Social Construction of Power Politics”, *International Organization*, Vol. 46, 1992, pp. 129-177; sobre la teoría crítica, Robert Cox, “Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory”, en Robert O. Keohane (ed.), *Neorealism and its Critics*, New York: Columbia University Press, 1986, pp. 204-254; para un resumen del posmodernismo en relaciones internacionales, Carlo Nasi, “Prólogo”, en Carlo Nasi (comp.), *Postmodernismo y relaciones internacionales*, Bogotá: Universidad Javeriana, Universidad de los Andes y Universidad Nacional, 1998, pp. 1-23; y para el poscolonialismo, Edward W. Said, “Introducción”, en *Orientalismo*, Madrid: Editorial Debate, 2002, pp. 19-54, y Madan Sarup, “Imperialismo y cultura”, en Santiago Castro-Gómez, Óscar Guardiola-Rivera y Carmen Millán Benavides (eds.), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Bogotá: Pensar, 1999, pp. 21-43.

Carvajal H., Leonardo.

"Morgenthau: ¿el Maquiavelo de la política internacional?", en *Oasis* 2006-07, núm. 12, Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales, CIPE, Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales. Universidad Externado de Colombia, pp. 253-269.